

1 9 4 0

Hoy me llega el recuerdo de aquellos días.
Era cuando los fantasmas flotaban por los caminos
volviendo opaco el brillo que salía
de las abiertas pupilas de los que soñábamos.

Habían livideces en las nobles
frentes de los padres, encogidos por el miedo,
y las risas de mis compañeros de juegos
tenían un sabor metálico que llegaba,
haciendo daño, a mi estómago.
Éramos como una delgada espera,
entre dos rudas tormentas.

Fue una niñez muy triste,
porque cuando el sol salía,
nuestras espaldas ya protestaban
bajo el peso de los cubos de agua.
Hasta el pan, huérfano de harina,
y las algarrobas que comprábamos en las cuadras,
apenas podían borrar la tristeza
de aquella lejana primavera.

Puedo ver, sin cerrar los ojos,
con los labios mojados de recuerdos,
a un amigo que moría sobre un delgado colchón, con
la paja huyendo por los agujeros.
Agonizaba mientras la tuberculosis y el hambre
le mordían la vida.
Y se marchó, sin saber nunca dónde el misterio
de aquella muerte que lo arrastraba.
Otro amigo, compañero de riñas y juegos,
un día lo trajeron, con la garganta muda,
las manos quietas

y la última alegría apagándose en las quietas pupilas,
porque una bomba, su última pelota,
le abrió las puertas de las sombras.

Numerosos rostros pasan ante mí,
llamados por el recuerdo.
Me saludan, sonríen y desaparecen
en el vacío, despidiendo a mi corazón.

En esta hora, soy un pozo de recuerdos,
una tristeza dentro de un vaso de acíbar.
Aunque hayan pasado tantos años,
aunque la luz de los carburos
se haya transformado en luminoso neón;
aunque los cansinos carros,
se volvieron raudos automóviles;
aunque aquellas pelotas de trapo,
hoy sean bolas brillantes, de plástico,
aquellas manos,
aquellas voces,
desde la curva del ayer me llaman
y me invitan a pensar por algo que fue
y que resiste al olvido.

Yo diría a nuestra juventud,
brutalmente derrumbada antes de ser pared,
que sí fue cierto aquel tiempo
donde nada era verdad.

SALVADOR NAVARRO ZAMORANO